

### Reflexiones sobre las entrevistas

**T**ratar un tema tan interesante, pero a la vez tan complicado como la medicina es un reto que se impone a caminar a tientas. Mientras los centros europeos yacían en su nicho medieval de conquistas y feudalismo salvaje, allá por el año 1020, en Persia, el sabio Ibn Sina o Avicena, había escrito cerca de trescientos libros sobre filosofía y medicina. Uno de ellos es *El canon de la medicina*, producto de su propia experiencia y de la recolección de manuscritos de Galeno, en él habla sobre la medicina como la ciencia para conservar la salud y el arte que sirve para recuperarla. Recorro un poco a la memoria para recordar una novela de Noah Gordon, donde narra las peripecias de un joven huérfano del medioevo inglés, Rob J. Cole y su singular “atributo divino” de tocar a una persona para saber si está próximo a la muerte. Cole decide viajar a Persia a conocer al gran sabio Ibn Sina para aprender los secretos de la medicina.

Mucho tiempo pasó para que la medicina adquiriera la connotación galileana de ciencia, en Europa nos suenan Paracelso, Pasteur, Lister, Freud, etc. Sin duda sus aportes construyeron el gran edificio que es ahora la medicina.

Sin embargo, esa historia, impregnada siempre desde el otro lado del mar, nos hace volver a mirarnos y escarbar en nuestro horizonte sinusoidal, de montañas y selvas, fuente de biología y materia prima para que la naturaleza nos regale el don de su sabiduría de milenios, las plantas medicinales y los conocimientos de nuestros ancestros.

Las etnociencias aparecen en la escena decimonónica con la connotación simplista centro europea de decir que son “la conjugación entre las ciencias formales de occidente y los saberes exóticos” de América. Pues bien, estos saberes “exóticos” se han visto reflejados en el escenario que deshecha la conquista: la medicina náhuatl prehispánica era un sistema integral de conocimientos acerca de la salud y la enfermedad, Tenochtitlan tenía los tianquiztli o mercados populares donde se ofrecían hierbas, minerales o especímenes animales, a los cuales les asignaban propiedades curativas. En Ayabaca (Piura) se descubrió una tumba de dos mil años de antigüedad, que contenía los restos de un curandero enterrado con los elementos de su “mesa” de trabajo (piedras, cristales, dientes de puma, conchas marinas, etc.).

Así, hasta nuestros días, gracias al aporte de la antropología estructural de Claude Lévi-Strauss, sabemos sobre el mito – lógico, como un sistema epistémico de las ciencias, distinto del modelo impuesto por la ciencia occidental.

Pero la tarea encomendada por Iván, se me torna un poco ardua, tuve que leer varias veces las entrevistas de Pablo Cuvi a tres ilustres médicos ecuatorianos:

Rodrigo Fierro, Jaime Chávez y Dimitri Barreto; los encabezados de las entrevistas dicen mucho, la guerra contra el bocio, la cirugía y la psiquiatría, respectivamente.

Me atrevo a hacer estas reflexiones desde mi condición de exogenidad y mi estatus de explorador ciego en campos poco conocidos, pero con la convicción de saberlos importantes y necesarios para ir armando ese pilar que nos hace falta desde hace tiempo, la construcción de nuestra propia ciencia, con su historicidad y proyección al futuro.

Empecemos con el Dr. Rodrigo Fierro, el científico, el hombre culto el caballero irreverente a cabalidad, cuando se requiere enfilarse la pluma contra los miserables que se creen dueños del país, pero encarnado en la ternura de enternecimiento al ver un campesino atormentado por el bocio y decidir, en ese instante, tomar las armaduras quijotianas de la endocrinología, para desfacer el entuerto de lo falaz, que el bocio y muchas enfermedades de nuestros hermanos son el resultado de la pobreza, de la desnutrición, del abandono, que la deficiencia de yodo es un síntoma, nada más, la enfermedad es la injusticia.

El Dr. Jaime Chávez, cirujano y maestro, conocedor del dolor ajeno en el punto neurálgico de la intervención quirúrgica, cuando expresa que la medicina es bien pagada con la metáfora del “gracias doctorcito”, nos hace pensar que el apostolado médico es el estatus humano del compromiso social y ontológico con la vida.

EL Dr. Dimitri Barreto, investigador del intrincado campo de la psiquiatría, a decir del Dr. Sempértegui: “... una vida que pertenece a la memoria perenne del devenir...”, frase que nos hace pensar en la relatividad del espacio tiempo, como quien deja sus huellas en el pasado para volverlas a recorrer en el futuro, sin necesidad del enlace físico, a través de la memoria, como decía el maestro Gabo: “... La muerte no llega con la vejez, sino con el olvido...”, y el recuerdo perenne es la clase de dimensión humana que acompaña la memoria del Dr. Dimitri.

Hay algo interesante que interseca la lectura de las tres entrevistas del sociólogo y periodista Pablo Cuvi, los tres ilustres médicos, oh sorpresa, eran aficionados a las matemáticas. Eso me emociona desde la mirada de las etnociencias, porque su mirada induce a la sensación de que la medicina, en sus momentos de frontera y también de ancestralidad, utiliza el lenguaje de la naturaleza para comunicarnos, en torrentes de venas y arterias fluidas de vida y de fórmulas mágicas que las conducen en armonía perfecta de sincronización y simetría. ¿Qué hay matemáticas en la medicina?, pues sí, con certeza.

Cumpro con la tarea con algo de nostalgia por el recorrido de las líneas de vida de estos queridos científicos, tuvieron sus vidas ese punto de inflexión donde se produce el quiebre entre la medicina como profesión tradicional y la mirada del apostolado revestido de humanidad, solidaridad y trascendencia.

Que estas lecturas motiven a los nuevos investigadores para que transiten por las ventanas abiertas de la investigación hacia el futuro, con las utopías a cuestas, con la memoria de los nuestros en el morral del combate, hacia el horizonte de la posteridad del presente.

**Mat. Juan Ramón Cadena Villota**  
*Director del Instituto de Investigación en Etnociencias (IIEC-UC)*